

La intrigante complejidad de los simples.

Sacks, Oliver. (1985). El hombre que confundió a su mujer con un sombrero. Traducción de José Manuel Álvarez. Editorial Anagrama, 4ª edición; Barcelona, 2003. ISBN: 978-84-339-6171-6. 280 páginas. Cuarta Parte. “El mundo de los simples”; páginas 217 a 290.

Grupo de Estudio Filosofía del Dolor. Facultad de Filosofía. Universidad Javeriana. Profesor: Luis Fernando Carmona. Relator: Jaime Jaramillo. Fecha: 06/09/2021.

I. Introducción

En la última parte de este libro, Sacks presenta y analiza 4 casos clínicos de personas simples. En vez llamarlos retrasados mentales (como se clasificaban en las obras científicas publicadas en el mundo occidental), o deficientes mentales (como eran llamados por los científicos de la antigua URSS), el autor prefirió denominarlos como personas simples; pero, no en el sentido de triviales, poco complejas o fáciles de descifrar, sino el sentido de “concretas” o “centradas en la realidad observable”, pues todas ellas presentaban problemas para realizar la mayoría de las funciones abstractas y las caracterizaciones conceptuales propias de los seres humanos durante las edades maduras, por lo que se comportaban “como si fueran niños”.

En la introducción, Sacks reconoce que fue su maestro y amigo Alexander R. Luria quien lo animó a no desdeñar el mundo de los simples. En una de sus cartas frecuentes, el neurólogo inglés radicado en Norteamérica le contó al neuropsicólogo ruso que lo deprimía trabajar en un institución pública del Estado de Nueva York que se dedicaba al cuidado de estos pacientes. Luria le respondió que esa labor era buena para el intelecto, pero sobre todo para el corazón; en efecto, buena parte de los primeros trabajos sobre las teorías de la enseñanza y los problemas del lenguaje partieron de las experiencias personales de A. Luria y L. S. Vigosky en el laboratorio del Instituto Experimental de Defectología de Moscú, donde ambos trabajaron con este tipo de pacientes; ese aprendizaje, los llevó a diseñar los programas de educación especial que caracterizaron la propuesta educativa del partido comunista durante la primera era de la revolución Bolchevique; y, posteriormente, motivaron la teoría sobre los modelos sociales del conocimiento que este grupo de trabajo desarrolló durante la primera mitad del siglo XX, pero que el mundo occidental solo descubrió luego de que cayó la cortina de hierro. Luria también le advirtió a Sacks que la relación con esas personas supuestamente defectuosas tenía una enorme carga afectiva, que el impulso por ayudarlos habría las puertas hacia un mundo más amplio, más profundo, más bello y lleno de misterios, lo cual en su caso lo había llevado a modificar sus posturas sobre la “ciencia racional” para adoptar el punto de vista de la “ciencia romántica”, impulso que motivó sus últimas obras, en particular

“The Man with a Shattered World” y *“The Mind of a Mnemonist”*, las cuales cita Sacks de manera reiterada como estímulo fundamental para los libros en los cuales él narraban sus proposiciones generales sobre la mente humana a partir del relato de casos clínicos particulares.

II. Presentación de casos clínicos

1. Rebeca, la boba poetiza que luego de la muerte de su abuela se convirtió en una actriz destacada.

Cuando Sacks conoció a Rebeca ella tenía 19 años. Su diagnóstico clínico era un retraso mental secundario a síndrome genético. El aspecto físico de la paciente era grotesco, pues tenía el paladar fisurado y los dedos cortos con uñas romas; desde el punto de vista neurológico, el cuadro era aún más dramático, porque la joven era extremadamente torpe, confundía la izquierda con la derecha, no reconocía las partes de su cuerpo, era incapaz de vestirse o alimentarse por sí misma y fallaba al planear las acciones más simples; esas deficiencias no habían mejorado a pesar de que su abuela había invertido enormes recursos en terapias psicopedagógicas, físicas y ocupacionales. Las pruebas iniciales hechas en el consultorio fueron muy desalentadoras, pues esos resultados mostraron que Rebeca tenía un nivel de desarrollo equivalente a una niña de ocho años, que su coeficiente intelectual era bajo, razón por la cual el suyo era un caso perdido, y Sacks se olvidó de ella. Su abuela, que la cuidaba desde los 3 años, luego de que ambos padres fallecieron en accidente de tránsito, la llevó a la institución especial para pacientes con retraso mental porque sentía que su salud se estaba deteriorando debido a la avanzada edad y esperaba que la ayudaran a que Rebeca fuese menos dependiente de sus cuidados. Por lo tanto, en el Instituto hicieron ingentes y fallidos esfuerzos por capacitar a Rebeca.

Un luminoso día de abril, por casualidad, Sacks se sentó a su lado en una banca del jardín para disfrutar un poco del calor y del color veraniego e inició una charla que posiblemente sería insustancial. La muchacha boba usó un lenguaje poético y casi místico para describir la naturaleza y el clima, con palabras que al “ateo y judío” le evocaron los versos del Eclesiastés; y su torpe actitud cambió por otra tan desenvuelta que al médico y escritor le hicieron recordar a las jóvenes heroína de los cuentos del colega Chejov. Mientras compartían la banca, la visión clínica del neurólogo adquirió una perspectiva humana, pues dejó de lado la fealdad de su cuerpo, la infantilidad de su mente y lo deficiente de su comportamiento para darle cabida a una bella joven vestida de blanco, con notables habilidades literarias, perfectamente integrada y equilibrada. Intrigado, revisó el historial pero este solo mencionaba que la paciente no sabía leer ni escribir y que su lenguaje no verbal carecía de sentido comunicativo; entrevistó a la abuela, quien le dijo que a Rebeca le encantaba que le leyeran libros, lo cual ella hacía con frecuencia porque

disfrutaba de la lectura en voz alta, y que llevaba regularmente a Rebeca a la sinagoga donde demostraba un especial interés por las oraciones comunitarias de los textos bíblicos y por los bailes ceremoniales, actividades en las cuales se distinguía, razón por la cual la niña era muy estimada por esa comunidad religiosa. En noviembre, cuando Sacks se enteró de la muerte de la abuela de Rebeca, la visitó en el jardín de su casa. A pesar de que la encontró oscura, vestida de negro y profundamente triste, su imagen armonizaba con el lúgubre paisaje invernal y sus palabras y lenguaje corporal estaban perfectamente integrados con la añoranza por el cariño de su abuela y con su incertidumbre frente al futuro, pues solo contaba con el apoyo de algunos amigos, que eran los miembros de la comunidad judía.

Sacks empezó a trabajar con Rebeca para tratar de entender por que ella presentaba dos aspectos tan diferentes: uno deficiente e incorregible; y el otro lleno de potencialidades. Ella le explicó que los relatos y la música eran como el entramado del tapete que estaba en el piso frente a ella; entonces, para el lector incurable y el musicófilo empedernido que también residían en el neurólogo clínico fue claro que gracias a la biblia y a las danzas tradicionales hebreas la existencia y las acciones de Rebeca encontraban la dirección necesaria para comportarse como una mujer adulta, integrada y organizada; dado que la actuación incorporaba la palabra y el ritmo para darle sentido a la expresión corporal, y en razón que la religión recreaba las cariñosas enseñanzas de su abuela y que el templo siempre había sido un refugio seguro para ellas luego de que ambas quedaron solas y tristes en el mundo, Sacks le recomendó que ingresara a un grupo de teatro especial que tenía la sinagoga. Nueve años más tarde, Rebeca llegó a ser una actriz tan apreciada por su público que nadie se le pasaba por la mente que estaban frente a una persona que había sido diagnosticada como retrasada mental.

2. Martin, el idiota y sabio musical ambulante que luego de la muerte de su padre solo quería cantar en un coro de iglesia.

Cuando Martin tenía 69 años fue llevado por su hermana a la institución donde Sacks trabajaba porque ya no podía cuidarse por si mismo. De niño, tuvo una meningoencefalitis severa que había dejado como secuelas retraso mental, espasticidad en la mitad del cuerpo, ataques de epilepsia y comportamiento impulsivo, condiciones que le habían impedido realizar estudios formales; como compensación, Martín tenía memoria eidética, un oído extraordinario y un notable talento musical, heredado de su padre, quien era un famoso cantante de ópera; el vínculo paterno era muy estrecho, pues este lo llevaba a los ensayos y había logrado que hiciera parte del coro en las presentaciones del Teatro Metropolitano y del Lincoln Center y en diversas iglesias de Nueva York; además, cuando estaban en la casa, compartían la lectura del diccionario de Grove, una obra de 6000 páginas en nueve volúmenes que reseñaba las biografías de los músicos, los repartos, los textos y las partituras de las obras más notables de la música mundial hasta mediados del siglo XX; gracias a su sorprendentes memoria y talento musical, este

“idiota” incapaz de amarrarse los zapatos, de encontrar una dirección o de tomar un metro (a pesar de que sabía de memoria el mapa de la ciudad y el plano de las rutas) era reconocido en el ámbito de su padre como un “sabio musical” y una “enciclopedia ambulante” que recitaba sin errores los repartos de las célebres representaciones, los textos más de 2000 operas y era capaz de tararear perfectamente el ritmo de esas 2000 operas y de más de las 200 canciones que se cantaban las festividades de Pascua y de Navidad, pues había participado durante 50 años en cientos de representaciones de la Pasión según San Mateo y San Juan, del Mesías de Handel y de todas las cantatas sacras de Bach, quien era su compositor preferido.

Luego de que sus padres fallecieron, Martin se vio obligado a trabajar como mensajero, portero, cocinero y muchos otros oficios, pues no lograba conservar ningún empleo. Amen de su precario estado de salud y de su aspecto de retrasado mental y de lisiado, era lento, incompetente, irascible, rencoroso y desaseado. Sin la protección y el cariño de sus padres, se fue convirtiendo en un personaje marginal y solitario; como si esto fuera poco, después de cumplir los 60 años desarrolló una enfermedad de Parkinson secundaria que le impedía trabajar y cuidar de sí mismo, hechos que finalmente lo arrastraron hasta el asilo Estatal para ancianos discapacitados, donde empeoró rápidamente. Su pedantería y exhibicionismo (producto de la prodigiosa memoria), sus malos modales y groserías (producto de su falta de control de impulsos) y su torpeza y brusquedad (producto de las secuelas neurológicas) lo convirtieron en un huésped odioso, tanto para los pacientes como los doctores, hasta que se llegó a una situación de crisis que nadie sabía cómo afrontar.

La primera vez que Sacks entrevistó a Martin, estaba en el punto más álgido de la crisis relatada. Un mes después, ya no parecía petulante ni ostentoso, sino humilde y apesadumbrado. Durante la segunda entrevista, la hermana relató que desde que Martín empezó a caminar y hasta el momento en que fue internado, había acudido religiosamente y sin faltar nunca a todos los ensayos y presentaciones del coro de la única iglesia de la ciudad que continuaba interpretando las obras sacras “como Dios Manda”, el cual había sido dirigido por su padre durante décadas; pero su voz era muy fea (producto de la disfonía generada por sus problemas motores), y por ello se ocultaba detrás de sus compañeros, mientras balbuceaba las canciones; ella sentía que Martin “había perdido algo” (la música), que esa añoranza le generaba “un hambre corrosiva”, y que en realidad esto era lo que lo estaba matando; en medio de esa conversación, Martin evocó los recuerdos de infancia con su padre y exigió fieramente que lo dejaran volver al coro, lo cual era factible porque la iglesia quedaba muy cerca del hospital. Sus antiguos compañeros lo recibieron de buena gana, pues sus extrañaban su extraordinario oído y su sabiduría musical. El cambio fue espectacular, pues al sentir que podía cantar, al rendirle culto Bach y al recuperar su autoridad como asesor, Martin dejó de parecer un “pobre idiota” para convertirse de nuevo en un “genio musical”.

Esto le permitió entender a Sacks que el haber compartido íntimamente con su amoroso padre el espíritu de la música religiosa, y la convicción de que la voz era un instrumento divino hecho para cantar, era lo que realmente convertía a Martin en un hombre excepcionalmente culto, creativo, digno y decente; en cambio, por fuera de ese contexto, la memoria ideática resultaba una carga inútil que solo aportaba un enorme cúmulo de datos sin sentido; así mismo, cuando no podía acudir a los recuerdos de su feliz infancia al lado de sus padres y a los años de fastuosa madurez que le prodigaron sus extraordinarias habilidades musicales, brotaron los personajes defectuosos, rencorosos e irritantes que lo convirtieron en un viejo molesto, inservible e insignificante. Lejos de la música, era un ser “acéntrico”, perdido, incapaz de crear y de encontrar la belleza y el orden. En cambio, cuando Martin estaba cantando, era un hombre atento, tranquilo y saludable, pues desaparecían las patologías que lo aquejaban. Solo después de que Sacks empezó a utilizar los cantos del Magnificat, pudo captar la prodigiosa sensibilidad y la enorme capacidad técnica que residían en la inteligencia de Martín, así como la compleja mística que habitaba en su mundo interior.

3. Los gemelos John y Michael, pareja de discapacitados famosa por compartir la misteriosa capacidad de ver en su mente a los números primos.

Cuando era niños, estos gemelos idénticos en sus caras y cuerpos y perfectamente sincronizados en sus movimientos y acciones, fueron muy populares. Los programas de radio y televisión les dedicaron varios espacios donde mostraban la extraña capacidad de decir en cual día de la semana había caído o sucedería una fecha que podía estar entre 40000 años antes y 8000 años después de la fecha presente. Sus cuerpos tenían una talla inferior a la media, sus cabezas desproporcionadas, su cara extraña y las enormes gafas para la miopía les conferían un aspecto de “profesorcillos”, al tiempo que sus manos y pies deformes, sus voces chillonas y sus conductas matizadas por muecas y tics peculiares daban la impresión de ser unos locos obsesivos. Inicialmente, su singularidad fue asimilada con otros prodigios reseñados en informes científicos como mentes matemáticas privilegiadas o “calculadores excepcionales”. Mas tarde, pruebas neuropsicológicas transmitidas en directo por la televisión, mostraron que ni John ni Michael sabían cómo realizar operaciones aritméticas simples ni reconocían símbolos básicos del álgebra y la geometría, que tampoco podían calcular el valor, el peso o la superficie de objetos cotidianos y que sus cocientes de inteligencia si caso llegaban al puntaje mínimo aceptado como normal; finalmente, terminaron aceptando que no “había nada especial en ellos”, excepto que eran capaces de adivinar en segundos las fechas de calendarios remotos y recordar series de números con más de 300 cifras luego de una simple mirada, lo cual llevó a que el público y los medios perdieron el interés por lo misterioso de su caso. En privado, no se relacionaban con las otras

personas, hablaban cosas sin sentido, desviaban los ojos de manera extraña y se sumían en prolongados periodos de mutismo e insondables cavilaciones, como si estuvieran examinando un “paisaje interior”.

Cuando Sacks se los encontró por primera vez en el año 1966, los extraños gemelos tenían 26 años y ambos estaban internados desde los 7 años en diversas instituciones psiquiátricas. En diferentes momentos, los habían catalogado como autistas o retrasados mentales con psicosis esquizoide, pues sus psicopatologías al parecer también eran idénticas, lo cual hacía suponer una anomalía genética de base. Sacks llegó a creer que todos esos diagnósticos habían partido de suposiciones erróneas, producto del enfoque estereotipado y simplista que los investigadores solían aplicar en esa época cuando estudiaban a “sujetos idénticos”; en realidad, estos gemelos presentaban un caso extraño, complejo y misterioso. Luego de conocerlos sinceramente, sin prejuicios y de observar en secreto y tranquilamente como interactúan entre ellos durante sus largos periodos de silencio compartido, Sacks se dio cuenta que ellos no calculaban, sino que “veían” al mundo a través de los números primos, un concepto que ellos mismos no comprendían. La primera señal apareció cuando cayó al piso una caja de fósforos y al instante dijeron al unísono 111 y repitieron tres veces el numero 37. La segunda señal surgió de analizar el curioso juego que ambos parecían disfrutar con sumo placer en el cual uno lanzaba un numero de varias cifras, el otro cerraba los ojos durante un largo rato y luego ambos asentían.

Sacks, intrigado, anotó esos números y verificó en un libro que contenía todos los numero primos hasta los 10 dígitos que esas cifras caprichosas solo podían ser divididas por el numero 1 o por su mismo valor. Ratificó su sospecha cuando fraudulentamente se introdujo en el juego repitiendo otros números primos que había memorizado y vio que esto desencadenaba el mismo proceso placentero para ellos. Durante las siguientes dos décadas que Sacks compartió con ellos intuyó que realmente “veían” números primos de más de 30 cifras, algo que las modernas computadoras aún no logran, y que su capacidad para acertar en las fechas del calendario era producto de separar los días de la semana en grupos de 7, un número primo, tal como lo habían hecho en el caso de los 111 cerillos, pues 37 también es un número primo. Es decir, que ellos compartían la enigmática pero muy reconocida capacidad humana de formar algoritmos inconscientes a partir de ejemplos de la vida cotidiana, solo que los gemelos poseían ese don con una magnitud asombrosa.

Esos algoritmos le daban sentidos a sus días. Si les decían una fecha que supuestamente había sido importante para sus vidas, ellos no parecían recordar nada; pero, si les permitían realizar su juego, ellos evocaban con minucioso detalle los acontecimientos de ese día, incluso los desprecios, las burlas, las aflicciones que habían soportado, pero sin develar ninguna emoción personal. Para Sacks resultó evidente que estaba frente al mismo método que usaban los esquizoides y obsesivos para defenderse del dolor que les generaba la vida cotidiana y que el carácter impersonal de sus recuerdos hacía parte del rasgo básico de una memoria

eidética como la que ellos compartían. Al parecer estaba frente a un caso similar al descrito en *“La mente de un mnemotécnico”*, solo que los gemelos carecían de la organización consciente de los recuerdos que si poseía Sherashesvsky, el famoso paciente por A. R. Luria. En contraposición, la capacidad de memoria sincrónica, idéntica y compartida de los dos pacientes de Sacks era algo único, de lo cual nada se sabía hasta la fecha, excepto por el fantástico relato que hizo Borges sobre *“Funes el memorioso”* y por el reporte del caso de Dane hecho por F. W. H. Myers en 1903, en el cual el autor no logró aclarar el modo como su paciente “veía” los números primos.

Muchos años después, Sacks entendió que el caso de los gemelos también era similar al de algunos compositores que estaban “armónicamente integrados”. Ellos poseían un oído divino que sobrepasaba la capacidad de escucha de los demás mortales y esto les permitió hacer una representación jeroglífica del mundo, a la manera *“un alma armónica que estaba emitiendo sonidos para los oídos de un Dios”*. Entonces, entendió la analogía que planteó Leibniz entre los números y la música cuando dijo que *“El placer que nos proporciona la música viene de contar, pero de contar inconscientemente. La música no es más que aritmética inconsciente”*. También entendió el relato sobre Dmitri Mendeleiev, el creador de la tabla periódica de los elementos, cuando dijo que él no veía en sus tarjetas las propiedades numéricas de los elementos, sino “rostros familiares”, como si las sustancias químicas al ser aplicadas a una inteligencia científica e icónica hubiera permitido ver formalmente “el rostro del universo”. Los retardados gemelos oían *“la sinfonía del mundo”* y *“veían el rostro del universo”* en forma de números, lo cual refuerza la hipótesis de que el *“alma es armónica”*, sin importar el índice de inteligencia del individuo. Solo que estos gemelos no abordaban los números a la ligera, como hacen la mayoría de los calculadores, sino que eran más bien *“contempladores serenos de los números”* a los cuales les conferían un carácter sagrado, algo similar a lo encontrado en las biografías de los matemáticos más notables.

4. José, el sombrío autista mudo que reproducía dibujos dotados de un notable toque personal.

José ya había sido catalogado por una neuróloga experta como autista. Padecía de ataques psicomotores acompañados por conductas impulsivas violentas y sus electroencefalogramas habían demostrado un trastorno grave del lóbulo temporal. Luego de una enfermedad no aclarada que presentó a los 7 años, empezó a convulsionar, a tener ataques de caídas y estados de ensoñación y había presentado una regresión del lenguaje, pues de niño hablaba normalmente, pero se convirtió en “mudo” y dejó de dialogar con los demás. Producto de esa trágica situación dejó de asistir a la escuela, y sus padres le consiguieron un profesor de jornada completa; pero, como el suyo era un caso perdido, sus padres se enfocaron en criar a sus otros hermano y José terminó marginado de la sociedad, encerrado

en una habitación de su casa, pues su madre dejó de sacarlo a la calle por temor a que presentara alguno de los veinte o treinta ataques que lo atormentaban todos los días, a pesar de que habían probado múltiples anticonvulsivos. Finalmente, José se perdió del mundo, incluso del entorno sanitario, pues abandonó los tratamientos, hasta que a la edad de 21 años una violenta explosión hizo que lo llevaran al hospital donde Sacks los encontró.

A pesar de que su asistente le advirtió que era inútil tratar de comunicarse con José porque era un retrasado mental autista y mudo, que no sabía leer ni contar ni reconocía los símbolos del tiempo, el neurólogo le entregó su reloj de bolsillo y una pluma y le pidió que lo dibujara. De pronto, José se concentró, se tranquilizó, contempló el reloj como si fuese un talismán y dibujó una imagen del objeto que tenía delante, sin tachones ni enmendaduras. La figura indicaba con precisión la misma hora exacta, los números, las manecillas y la presa para engancharlo a una cadena; pero, la representación no era una fotografía ni una reproducción exacta, sino una versión personal y muy sentida, con formas, tamaños y proporciones diferentes a las del objeto original. El desconcierto de Sacks aumentó cuando lo vio por segunda vez en una consulta de emergencia debido a que los ataques epilépticos persistían; le mostró una ilustración de una revista a la cual recurría para hacer pruebas a los pacientes y le pidió a José que copiara el paisaje de un lago; nuevamente, José dibujó una versión íntima y bastante estética de la misma escena, que no era una simple fotocopia de la revista, pues contenía detalles que no existían en el original, lo cual evidenciaba una notoria imaginación y creatividad. Intrigado, Sacks pasó la página de la revista y le pidió que dibujara el primer plano una trucha arco iris a punto de cazar una mosca; José creó una versión insólita, más viva, tridimensional y juguetona de un pescado que era equivalente en la figura general, pero muy diferente en los detalles, hecho que Sacks apreció como “*cierta brillantez artística*”.

Sacks pensó que José podría llegar a ser un gran ilustrador de libros infantiles o un destacado dibujante de ilustraciones médicas, hecho que comprobó con otros experimentos. Esto lo llevó a especular que los dibujos eran su único vínculo con la realidad del mundo exterior y que el extenso daño que José había sufrido en sus lóbulos temporales le había dejado una zona indemne que lo convertía en un dibujante extraordinario y que esa actividad le otorgaba un espacio de libertad, un “desahogo” fisiológico y psicológico del encierro moral en que había estado sumido desde los 8 años. Pero, José “recayó” cuando fue presionado para que desarrollara esa actividad de manera regular y supervisada, pues adoptó el mutismo y el balanceo que lo había caracterizado durante los últimos años; en concepto de Sacks, había preferido regresar a los barrotes de su cárcel mental. No obstante, con el paso de los años, el poner a su disposición los elementos para dibujar a su antojo, José recuperó su lenguaje verbal y moduló mejor su comportamiento violento. En su análisis, Sacks citó otros casos similares al de José, de pintores famosos que habían sido diagnosticados como niños autistas o pacientes psiquiátricos.

III. Epilogo

A diferencia de la mayoría de los otros 20 casos que componen las tres primeras partes del libro, estos últimos 4 casos ya habían sido publicados previamente por Saks en diversos artículos científicos y en la prensa general. Por esa razón, cuando los seleccionó para este libro, él ya había recibido cartas de enfermos o de parientes de personas con condiciones similares, había consultado con colegas expertos en los temas y había tenido de oportunidad de encontrar disertaciones muy doctas en las obras de los padres de la neurología clásica (J. Jackson, K. Goldstein y H. Head), a quienes el autor considera junto con A Luria como fundadores de la “neurología romántica”.

En la parte final de cada relato, mientras narra y discute estos últimos 4 casos clínicos, al presentar las postdatas y al referenciar la bibliografía de la totalidad del libro, Sacks destacó al cuarteto de neurocientíficos ilustrados. Afirmó que en los escritos formales e informales, en la práctica clínica y en la vida personal ellos demostraron curiosidad por las peculiares carencias y compensaciones de quienes tenían diferentes formas para abstraerse del mundo concreto, destacaron el amor que los allegados manifestaban a estas personas y salvaguardaron las necesidades de cuidado de los enfermos. A partir de esas tres pautas morales (curiosidad frente a la diferencia, amor filial y deber de cuidado) el autor estructuró los relatos de los casos clínicos que componen la última parte de esta obra.

Las argumentaciones sobre los 24 casos del libro “*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*” son contradictorias y paradójicas. En algunos pasajes, el autor emprende duras críticas contra las instituciones totales y en otras las elogia como verdaderos hospicios y sanatorios para las almas atribuladas. Aunque reniega de la neurología, de la psiquiatría, de las pruebas neuropsicológicas y funcionales y de las imágenes que se usan para configurar las formalidades diagnósticas, acude a ellas para explicar los problemas que presentaban sus pacientes. No ahorra epítetos para descalificar la incultura, la carencia de mundo y la simpleza conceptual de sus colegas; y, pese a esto, finaliza justificando lo que previamente había tachado como errores diagnósticos o desconciertos terapéuticos. Por último, termina la obra enalteciendo los nombres de los padres de la neurología moderna por su rigurosa búsqueda de respuestas científicas al tiempo que formula una férrea defensa de la de la medicina narrativa y de la neurología romántica como bases del conocimiento efectivamente útil para ayudar a los pacientes.

IV. Conclusiones

Pese a tanta confusión, mi conclusión general es que Sacks propuso a los profesionales, a las instituciones sanitarias y a la sociedad en general que renuncien a la calificación de las deficiencias, a los programas de educación para los “niños diferentes” o los “adultos especiales” y a los intentos institucionales por integrarlos a entornos productivos y autosuficientes. En vez de ello, plantea que deberíamos generar apoyos extraordinarios para que pacientes y cuidadores encuentren soluciones que tomen en cuenta las necesidades particulares que plantea cada caso; y también, que podemos ofrecer ayudas efectivas cuando los familiares y allegados faltan o se sienten agobiados por los deberes que implica el cuidado de estos seres necesitados de un amor que va más del habitual.

Finalmente, Sacks manifiesta abiertamente que su entendimiento sobre la enorme valía de la neurología romántica de Luria y su creciente admiración por monumental contribución de Jackson, Goldstein y Head al entendimiento de la “humanidad” en buena parte fue producto de la inquietud intelectual y afectiva que él mismo y los pioneros de las ciencias neuropsicológicas experimentaron cuando se aproximaron para vislumbrar mejor al mundo de los simples.